

GRUPOS DE HOMBRES, UNA NECESIDAD DE NUESTRO TIEMPO

“Existe coincidencia acerca de que la identidad masculina debe ser objeto de una cuidadosa construcción” (Irene Melerⁱ)

Los hombres confrontados al cambio

Decir que vivimos una época de grandes transformaciones es una obviedad. Nunca como ahora se han acumulado tantos cambios de todo tipo en tan poco tiempo, y su velocidad no parece reducirse, sino más bien acelerarse.

De entre todos los cambios que se producen en el mundo actual uno de los más significativos en el ámbito de las relaciones sociales es el que tiene lugar entre los roles de género masculino-femenino. Es incuestionable que las mujeres iniciaron hace ya más de un siglo, especialmente en el área occidental, un enérgico proceso de transformación de los papeles tradicionales que se otorgaban a mujeres y hombres por el mero hecho de serlo. Este proceso, que podríamos llamar de conquista, ha impulsado a las mujeres a reivindicar y luchar por un lugar propio en el espacio que anteriormente era de exclusividad masculina: el espacio público.

El acceso al mercado laboral, a la independencia económica y al control sobre el propio cuerpo de muchas mujeres han tendido a una equiparación entre los roles desempeñados por unas y otros y a un mayor equilibrio en el reparto del poder de la esfera pública, hasta hace bien poco dominio exclusivo del varón.

Desde una perspectiva más amplia, ese impulso femenino se enmarca en una sociedad técnico-industrial-urbana que ha afectado a muchas otras instituciones o sistemas sociales, como la familia, la educación y las relaciones laborales, que se hallan en un estado de transformación permanente, obligando a los individuos a una readaptación constante no siempre fácil de realizar.

En el caso de los varones estos cambios sociales están incidiendo en el núcleo de su identidad masculina, ya que muchos de ellos tocan el corazón del papel tradicional masculino de proveedor económico, cabeza de familia, actor del espacio público y explorador de nuevos territorios. Este es el gran reto que los varones hemos de asumir en este nuevo siglo y al que una extensa bibliografía se refiere como **crisis de la masculinidad**. Crisis que se manifiesta en múltiples ámbitos de la vida cotidiana: así, por ejemplo, en la esfera pública, las transformaciones en el mercado laboral, el paro y la precariedad laboral han desmontado ya el papel de principal proveedor económico de muchos hombres; el impacto mucho mayor del fracaso escolar entre adolescentes masculinos augura a muchos varones un futuro profesional poco halagüeño; en la esfera privada, tras las frecuentes rupturas familiares muchos hombres encontramos serias dificultades para ejercer la función paterna o tendemos a situarnos en una especie de limbo acomodaticio y a desvincularnos de las responsabilidades que conlleva; en la convivencia de pareja tampoco acabamos de saber encontrar un nuevo espacio en el que nos sintamos enteros, y deambulamos desorientados entre las exigencias de viejos y nuevos modelos; en la esfera personal, el recurso a conductas adictivas de riesgo o al comportamiento violento predomina entre los varones en una especie de escalada de destrucción y autodestrucción.

Aunque, por supuesto, todos estos cambios afectan en la misma medida a las mujeres, no lo hacen de la misma forma, ya que en gran parte para ellas el reto supone una conquista, una lucha por conseguir nuevos espacios de expresión, de trabajo, una mayor libertad, unas relaciones más igualitarias. Para los hombres, en cambio, la única conquista posible parece ser la de sí mismos. Y ello pasa por un giro coperniquiano hacia el interior que no suele estar entre los deseos y tendencias más consustanciales del varón ni entre los mandatos culturales predominantes. Una característica de todos los cambios sociales antes aludidos es que están forzando a los hombres a replegarse. Es decir, no se trata de un impulso hacia delante, de un acto de conquista de nuevos espacios externos a los que los hombres han dedicado una gran parte de su energía, sino más bien de un desmonte y una vuelta hacia sí, que nos deja desorientados, resentidos o inertes.

Este es el reto y la dificultad: la necesidad de una reconstrucción masculina que ha de dirigirse no hacia afuera y hacia delante (algo que los varones siempre hemos hecho), sino hacia adentro y hacia atrás. Hacia adentro en el sentido que ha de partir de los propios hombres, del reconocimiento de nuestras necesidades, lo que nos obliga a volver la mirada hacia nosotros mismos y a establecer contacto con las esferas íntimas y profundas de la psique masculina; y hacia atrás, en el sentido de que se trata de detenernos, no en el tiempo ni en la acción, sino en nuestro activismo compulsivo; una especie de parar para poder avanzar. Salvador Pánikerⁱⁱ ha acuñado el término retroprogresivo, que puede ser útil para ilustrar este movimiento que necesita un contacto con el origen para encarar lo nuevo, un coger impulso yendo primero hacia atrás, no para quedarse en la nostalgia y el inmovilismo, sino para no tirar al niño con el agua sucia después de haberlo lavado. Ahora bien, este doble bucle, hacia dentro y hacia atrás para poder ir hacia adelante, es algo que no nos resulta fácil a los varones.

Razones para un grupo de hombres

La actual crisis de la sensibilidad masculina 'posmoderna' bien pudiera representar la dolorosa transición desde el aún vigente pero ya caduco modelo de varón individualista a un incierto y todavía inédito modelo futuro de varón 'posindividualista'. No estaríamos así ante una crisis de mera decadencia, sino ante una crisis de inicio, conmutación o apertura, predestinada a inaugurar una nueva forma, aún por venir, de imprevisible sensibilidad masculina. (E. Gil Calvoⁱⁱⁱ)

Ante esta situación se hace cada vez más evidente la necesidad de una reconstrucción de la masculinidad que sea capaz de afrontar los nuevos retos a los que los hombres nos estamos viendo confrontados por cambios sociales, económicos y de mentalidad de gran envergadura. Y la propuesta es hacerlo de una forma activa que parta de los propios hombres. De ahí la apuesta por constituir grupos de hombres que comiencen a trabajar sobre sí mismos con vistas a convertirse en protagonistas de su propio cambio, desde la perspectiva de su masculinidad, de su *ser como hombres*. Consideramos que hay que partir del reconocimiento y aceptación de la actual crisis de la masculinidad patriarcal, haciendo una lectura crítica de dicho modelo que permita discernir lo que sigue siendo válido de lo que no, y siendo conscientes de la doble dimensión de la crisis: como decadencia y como inicio, como muerte y como nacimiento, como problema y como oportunidad. El objetivo es un nuevo modelo de masculinidad más completo y maduro, capaz de integrar y mantener relaciones paritarias con su correspondiente femenina, sin perder cada cual su especificidad, y de impulsar la transformación de una sociedad aún dominada por los aspectos más sombríos del modelo patriarcal.

Desde esta posición, apporto algunas razones por las cuales considero que en estos momentos los hombres hemos de reunirnos para (de)construir y (re)construir nuestra masculinidad.

1. Hasta hace pocos años en occidente, y aún hoy día en muchos otros entornos culturales, el modelo que servía de guía para la construcción de la identidad masculina se basaba en una serie de preceptos claros y elementales: un hombre debía ser activo y tomar la iniciativa, debía ser económicamente independiente, proveedor y protector de su familia, debía ser capaz de ocupar un lugar en el espacio público, considerado como el espacio natural para su desarrollo como hombre, debía ser fuerte y trabajador y encarnar la autoridad y el coraje, controlar sus emociones y reprimir sus tendencias femeninas. Sin entrar a considerar hasta qué punto la realidad se adecuaba al modelo, ni los costes del mismo, importa constatar la existencia del modelo y la articulación de un conjunto de creencias, normas e instituciones alrededor de dicho modelo para facilitar y forzar su cumplimiento.

Hoy en día muchos componentes del modelo se hallan en entredicho bien sea por los cambios en la realidad socioeconómica (precariedad laboral, rupturas familiares...), bien por el papel de las mujeres (activas en el espacio público, económicamente independientes...),

bien por la aparición de nuevas creencias y valores producto de todo ello (el hombre metrosexual, vulnerable...)

Desde el punto de vista de la **identidad masculina**, los grupos de hombres son necesarios para ayudarnos a construir nuevos referentes masculinos. En gran parte los hombres construimos nuestra identidad en contacto con otros hombres, pero cada vez son menos los espacios de socialización masculina, por lo que si no encontramos modelos reales, construiremos nuestra identidad en base a referentes ideales o virtuales, o tenderemos a reproducir los que se han vuelto obsoletos. Por ello planteamos la necesidad de crear espacios de encuentro y de trabajo personal, grupal y social entre hombres en donde se tenga en cuenta esta perspectiva de nueva identidad masculina, espacios en los que contrastarnos y en los que construirnos como hombres desde la consciencia. Estas nuevas identidades no pueden ya basarse en el modelo patriarcal en crisis, pero aún dominante, sino que han de trascenderlo, por lo cual, debemos comenzar por un trabajo exploratorio, que no niegue nuestra herencia, pero que se proyecte hacia formas nuevas de ser hombre.

2. La crisis del modelo patriarcal deja a muchos hombres vacíos, resentidos o desorientados. En demasiadas ocasiones esta crisis está provocando en los hombres reacciones defensivas que se manifiestan agresivamente contra las mujeres o contra sí mismos. Otros hombres se dejan llevar por una inerte pasividad, aparentemente adaptada a las nuevas exigencias del hombre gentil y vulnerable, pero que les vacía de la fuerza impulsora necesaria para afrontar los retos que la vida impone. Otros muchos se quedan instalados en el infantilismo y el narcisismo, resistiéndose a crecer y madurar como hombres, negándose a todo compromiso y responsabilidad.

Desde el punto de vista de la **crisis del patriarcado**, los grupos de hombres son necesarios porque no hay mejor momento que una crisis para aprender y crecer. El diccionario nos define la palabra crisis como un “momento decisivo en un asunto de importancia”, y en su etimología griega, *Krisis* significa decisión^{iv}. En idioma chino el ideograma que representa el concepto de crisis conlleva la doble idea de “peligro” y “oportunidad”. La crisis vivida con consciencia nos permite penetrar y descender a las capas más profundas y sombrías de nuestro interior, perforar nuestras corazas para dejar aflorar y tocar nuestras emociones, y orientarnos hacia nuevos valores. Es el momento para tomar decisiones de cambio y poner en marcha mecanismos que nos ayuden a salir del narcisismo y a movilizarnos en pos de una masculinidad madura y responsable que nos dé la fuerza para atender los retos y necesidades de este mundo complejo.

3. Como hemos visto, la crisis del modelo patriarcal es uno de los efectos de un proceso de cambio social más amplio que se extiende a todos los ámbitos de la vida de las personas. Estos cambios se manifiestan a menudo en forma de conflictos que afectan a los hombres de manera diferente que a las mujeres. Es usual que los varones sintamos las pérdidas relacionadas con los aspectos que han definido la masculinidad como una afrenta a nuestra virilidad. La masculinidad parece ser una construcción precaria que depende de la existencia de una serie de condiciones. Si estas no se dan, los hombres entramos en conflicto con nuestro propio sentido de masculinidad. Por otra parte hay conflictos que afectan especialmente a los varones o que nos afectan de una manera diferencial. Sólo hay que acudir a las estadísticas sobre fracaso escolar, prevalencia de comportamientos adictivos de riesgo, de violencia ejercida contra las mujeres o contra otros hombres.

Los grupos de hombres pueden ayudarnos a afrontar los **conflictos** motivados por las inevitables pérdidas laborales, económicas y afectivas a las que el mundo de hoy nos expone y que fácilmente ponen en cuestión nuestra masculinidad y autoestima, llevándonos a actitudes violentas, adictivas o de riesgo, o bien al abandono y a la depresión. Necesitamos comprender y encontrar respuestas maduras a la desorientación de nuestros hijos adolescentes, a los que en muchas ocasiones abandonamos a su suerte y construir para ellos modelos de referencia en los que puedan apoyarse.

4. Para algunos autores^v, el significado de la masculinidad está en función de tres factores: a) la naturaleza de la relación entre hombres y mujeres; b) la naturaleza de la relación entre los

hombres; c) la naturaleza de la relación de los hombres consigo mismos. Las relaciones entre hombres y mujeres se hallan hoy en día en un punto delicado. Muchas mujeres sufren la violencia masculina, otras muchas se refugian o se ven abocadas a la soledad, aduciendo la falta de hombres dispuestos a sostener relaciones maduras y de compromiso. Por nuestra parte, muchos varones nos sentimos confusos entre las exigencias de los viejos y los nuevos modelos, recelamos del nuevo papel adoptado por las mujeres y nos inhibimos de nuestras relaciones paternales o encontramos serias dificultades para ejercerlas. En cuanto a las relaciones entre los hombres nos debatimos entre la homosexualidad (como forma de relación o como tabú), la competitividad y la complicidad superficial. Difícilmente se encuentran espacios de relación masculina donde los hombres nos relacionemos desde el centro de nuestro ser, permitiéndonos manifestar tanto nuestras fortalezas como nuestras debilidades.

Desde la perspectiva de las **relaciones**, sólo el trabajo profundo en el conocimiento de sí mismos como hombres nos permitirá establecer relaciones más satisfactorias, igualitarias y maduras con mujeres que se hayan trabajado como mujeres. Sólo madurando como hombres podremos ayudar a nuestros hijos varones a crecer como hombres, y ofreceremos a nuestras hijas una imagen masculina positiva que les guíe en sus relaciones con los hombres. Las relaciones de hombre a hombre muy a menudo se articulan alrededor del trabajo y se basan en el poder y la competitividad, impidiéndonos otras formas de relación entre hombres y abordar desde la sinceridad temas como la paternidad, la homosexualidad o la relación con las mujeres que deben encontrar un tratamiento masculino.

5. Ahora bien, ¿por qué grupos de hombres? ¿Acaso todo ello no puede abordarse y trabajarse desde grupos mixtos? Por supuesto que sí, pero consideramos que en este momento los hombres tenemos un trabajo específico que hacer que pasa por un *encuentro* con nosotros mismos desde la perspectiva de la masculinidad y de la consciencia. Un grupo de trabajo de hombres facilita disolver las barreras de contacto con otros hombres y generar una energía específicamente masculina. A partir de ahí es más fácil reconocernos en nuestras fortalezas y debilidades y abrir el corazón a otros hombres, algo especialmente difícil para nosotros y necesario para reconstruir nuestra masculinidad.

Un grupo de **hombres con hombres** puede ayudarnos a mostrarnos tal como somos y a abrir nuestro corazón a otros hombres, a intimar y a confiar en hombres. Estamos necesitados de amistad y complicidad masculina, y en un grupo sólo de hombres se crea una intimidad y solidaridad masculina difícil de conseguir en grupos mixtos. Permitirnos descubrir y compartir nuestras heridas masculinas con otros hombres nos alivia, nos hace más universales y nos ayuda a curarlas, dándonos la fuerza y el coraje para llevar a cabo una de las tareas más importantes que tenemos como hombres: (re)construirnos a nosotros mismos.

Qué clase de grupos de hombres

*Quizás hoy, más que nunca, el varón duerma profundamente. Dormido o en duermevela, vive en un estado penumbral, sumido en la mayor confusión posible en todo lo que se refiera a su identidad.
(Benigno Morilla^{vi})*

Propongo un trabajo en grupo que se base en la exploración y en la vivencia. Los hombres somos excesivamente proclives a la racionalización normativa, por lo que no parece oportuno avanzar hacia una nueva identidad masculina partiendo de grupos de debate y reflexión que tan sólo afecten a nuestra mente racional. Sin tampoco descartarla, necesitamos reconocer nuestras heridas y tocar nuestras emociones, lo cual sólo puede hacerse en espacios que fomenten un trabajo que contemple las distintas dimensiones del ser humano, especialmente aquellas más reprimidas por nuestra sociedad, como son las dimensiones emocional y espiritual. Ello exige un tipo de trabajo vivencial que nos impulse a traspasar las fronteras de lo racional, que tan cómodas nos resultan a los hombres.

Este trabajo no pretende tanto definir la masculinidad como exponerla, explorarla y compartirla en un entorno de por sí masculino. El reto es (re)construirnos en un proceso continuo de reconocimiento-deconstrucción-reconstrucción que no parta de *apriorismos* sobre la condición masculina, sino de reconocer cómo soy y plantearme cómo quiero ser. Ello pasa inevitablemente por afrontar las luces y las sombras, los aspectos positivos y negativos de mi ser perteneciente al género masculino aquí y ahora y hacer una elección basada en el autoconocimiento.

El trabajo propuesto tiene que ver con la consciencia, con poner luz en la oscuridad, de forma que podamos apropiarnos y responsabilizarnos de aquello que nos corresponde, en primer lugar, como seres humanos y, en segundo lugar, como hombres.

Beneficios que podemos esperar

Va siendo hora de elogiar las virtudes masculinas que no se adquieren ni pasiva ni fácilmente, sino que se obtienen a base de esfuerzo y de exigencia.
(Elisabeth Badinter^{vii})

¿Cuáles son los beneficios que nos puede aportar este trabajo? Ya hemos visto muchos de ellos al exponer las razones para un grupo de hombres, pero centrándonos en los tres factores antes citados a partir de los cuales se construye la significación masculina, se puede decir que el trabajo sobre la masculinidad aquí propuesto ayuda a los hombres a redefinir nuestra relación con las mujeres desde una posición más firme, responsable y consciente; nos ayuda a relacionarnos entre nosotros favoreciendo espacios de mayor intimidad, y a reconocernos en nuestras similitudes y diferencias en un espacio no competitivo; y nos ayuda en la relación con uno mismo al permitirnos ampliar las fronteras de nuestra conciencia y profundizar en aquellos aspectos a los que generalmente nos cuesta acceder. De todas formas, el mayor beneficio vendrá del propio hecho de ponernos en acción, aplicando nuestro esfuerzo a nuestro propio crecimiento como seres humanos.

Así lo constato en los grupos de hombres con los que he trabajado durante los últimos tres años, confirmándonos el efecto saludable de este trabajo para todos los participantes y animándonos a continuar en la línea de reconstruir nuestra masculinidad desde la consciencia.

Como hombres tenemos la responsabilidad de construir una nueva masculinidad más nutritiva para con nosotros mismos, para con las mujeres y para con la sociedad en su conjunto. Ahora es el momento de hacerlo.

Raúl Martínez Ibars
Sociólogo
Terapeuta Gestalt

ⁱ Meler, Irene (2000): *La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos*. En "Varones. Género y subjetividad masculina". Paidós. Buenos Aires.

ⁱⁱ Pániker, Salvador (1987): *Ensayos retroprogresivos*. Kairós. Barcelona.

ⁱⁱⁱ Gil Calvo, Enrique (1997): *El nuevo sexo débil. Los dilemas del varón posmoderno*. Temas de hoy. Madrid.

^{iv} Corominas, Joan (2000): *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos. Madrid

^v Levinson, D.J., Darrow, C., Klein, E.B., Levinson, M.H., y McKee, B. (1978): *The seasons of mans life*. New York. Ballantine. Citado por Juan Luis Alvarez-Gayou Jurgenson

^{vi} Morilla, Benigno (2001): *El valor de ser hombre. Historia oculta de la masculinidad*. Oberón. Madrid.

^{vii} Badinter, Elisabeth (1993): *XY. La identidad masculina*. Alianza Editorial. Madrid.